

# Capítulo 1

---

*Torry Bay, 1998*

*Todo lo que encuentres en la casita es tuyo, querida Holly, y puedes hacer con ello lo que quieras. Hice un pacto, pero no queda nadie vivo a quien pueda importarle.*

Holly alzó la vista y contempló la casita que tiempo atrás había considerado su segundo hogar. La tía Tony había muerto —Holly había empezado a asimilar la trágica noticia— y ahora esta casita, donde ella había pasado tantas vacaciones inolvidables, era suya, pero ya no sería la misma sin Tony, sin sus espantosos cigarrillos, su estrafalaria ropa y su corte de pelo a lo chico.

El edificio presentaba el mismo aspecto de siempre: una pequeña estructura achaparrada que parecía como si después de haber sido construida en la bahía, una mano gigantesca le hubiera dado unos golpecitos afectuosos pero contundentes en la cabeza, haciendo que la base se extendiera un poco más que los bordes del tejado. Parecía indicar que nada conseguiría destruirla, que era capaz de resistir las tormentas que se abatieran sobre ella en invierno y el sofocante sol que caía a plomo sobre sus muros encalados en verano. Las petunias en las macetas de las ventanas soportaban las inclemencias climatológicas, pero los escasos días en los que hacía un tiempo perfecto recompensaban a la perezosa jardinera con una exuberancia casi vergonzosa de color.

Un extraño ruido en el tejado distrajo a Holly de sus reflexiones. Al alzar los ojos vio a una joven gaviota que había aterrizado sobre la incongruente y amplia ventana que Tony había instalado en el tejado para que penetrara la luz en su estudio. Holly medio rió, medio sollozó mientras contemplaba los esfuerzos de la joven ave por conservar el equilibrio al tiempo que se deslizaba inexorablemente por el cristal de la ventana. Poco antes de llegar abajo, por lo visto recordó que podía volar y se elevó por el aire lanzando un furioso graznido. Había visto hacer eso a un sinnúmero de aves jóvenes prácticamente desde que tenía uso de razón.

Holly suspiró y sacó las llaves de su bolso. No podía quedarse con la casita, por más que deseara hacerlo. Trabajaba en Glasgow y no ganaba lo suficiente para mantener dos viviendas. Tendría que desprenderse de ella, pero antes se llevaría un par de cosas que le encantaban de niña. La primera de su lista era la vieja butaca en la que había muerto Tony. Esa butaca encerraba mil recuerdos felices. La colocaría en el dormitorio de su apartamento ultramoderno. Un día pasaría a formar parte integrante de su hogar, suyo y de John.

Hizo girar la llave en la cerradura y, reprimiendo un sollozo, abrió la puerta y se detuvo en el umbral, esperando como había hecho siempre, mirando, escuchando, olfateando, calculando. El pasado, con sus recuerdos felices, salió a saludarla junto con los duendecillos del polvo. A la izquierda estaba la pieza principal, el cuarto de estar que hacía también las veces de comedor, frente a ella la escalera casi perpendicular con respecto a los dormitorios y el cuarto de baño que se arracimaban bajo el tejado, y, a la derecha, la minúscula cocina. En cierta ocasión, durante los últimos veinte años, Tony había mandado derribar el tabique que separaba la cocina del lavadero para no tener que desafiar a los elementos cada vez que tuviera que hacer la colada.

*Hay que modernizarse, querida niña.*

Pero no había tiempo para recrearse con los recuerdos. La directora de la escuela había tenido la amabilidad de concederle unos días libres para que fuera a Argyll a organizar el funeral, pero se molestaría si esta segunda visita para cerrar la casita se prolongara otra semana. Holly decidió comportarse con implacable eficiencia. Su apartamento era demasiado pequeño para meter en él muchos de los objetos que amaba; por otra parte, dentro de poco John trasladaría a él algunas de sus cosas. John detestaba lo que llamaba «trastos viejos».

Después de hacer inventario, y aunque su corazón le dijera que debía conservar y atesorar algunos objetos que carecían de valor, Holly se desprendería de ellos; era absurdo conservar unos trastos simplemente por nostalgia. No obstante, John comprendería que ella tenía que quedarse con algunos de esos objetos que le traían tantos recuerdos; a fin de cuentas, la amaba, y sin duda deseaba que fuera feliz. Holly tomaría rápidamente las decisiones que tuviera que tomar; embalaría los objetos con los que quisiera quedarse antes de regresar a la ciudad. Ahí tenía ahora su vida, por insatisfactoria que fuera.

*Nosotros escribimos el guión de nuestra vida, querida niña.*

La voz era tan clara que Holly se sobresaltó. Parecía como si Tony estuviera junto a ella, como había estado tantas veces durante los últimos treinta años. Holly sonrió y cerró la puerta tras ella. El cuarto de estar de la casita ofrecía el mismo aspecto: dos enormes y tronadas butacas situadas junto al hogar, otra junto a la ventana, no de cara al hogar sino a la playa, una mesa y dos sillas... ¿Dos? Una para Tony y otra para Holly. Por lo que ella recordaba, en la casita nunca había habido más de dos personas, Tony y ella.

No seas tonta, se dijo Holly. Sin duda Tony tenía amigos en el pueblo.

Por supuesto. La señora Fraser, la dueña de la tienda. Holly decidió ir al pueblo para visitarla, para preguntarle si quería que le diera algún recuerdo. ¿Quién más? ¿El canónigo? Era real, aunque Holly no lo había conocido y ahora estaba muerto, había muerto hacía mucho tiempo, pero viviría eternamente en los magníficos retratos que había pintado Tony de él.

Tony había aprendido a conducir en los sesenta e iba siempre a recoger a su sobrina huérfana a la estación de Glasgow. Lo ha hecho por mí, había pensado Holly con pueril satisfacción, ha aprendido a conducir por mí.

—Ya sé que hay otras estaciones más cercanas, querida niña, pero es un privilegio conducir a través de Argyll.

A Holly le encantaban esos paseos en aquel viejo cacharro. ¿Cómo era posible que siguiera funcionando? Probablemente funcionaba gracias a las oraciones, más que a la ciencia, pero qué alegres eran esos paseos en coche, cómo disfrutaban Tony y ella charlando, cantando y deteniéndose de improviso para contemplar el panorama.

—Fíjate en la luz que hay sobre el mar, Holly.

—¡Que azul tan intenso!

—No, es lila... y rosa. Tienes que mirar con todos tus sentidos, Holly, no sólo con los ojos.

A veces, cuando hacía buen tiempo, se detenían para hacer un picnic en la ribera cubierta de brezo. El brezo arañaba la piel, pero esas vistas bien merecían soportar algunas incomodidades; Tony nunca se acordaba de llevar objetos útiles como una manta.

Holly continuó haciendo el inventario. Adosado a la pared estaba el sofá que nunca utilizaban, la estantería con la ecléctica colección de libros bajo la ventana, los objetos decorativos, los jarrones y las lámparas de aceite. Por primera vez Holly se percató de que las lámparas tenían unas pantallas Tiffany. Eso complacería a John. Holly suspiró. John: John constituía el componente más importante de su insatisfactoria vida. Pero ahora no quería pensar en él. Había mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo.

Instintivamente, Holly contempló la repisa de la chimenea y sonrió con alivio. El reloj seguía ahí, la hermosa muchacha dorada sosteniendo el péndulo, tal como había hecho durante toda la infancia de Holly. El péndulo estaba inmóvil pero Holly recordó el día en que había comido algo que le había sentado mal y Tony había llevado el reloj arriba, a la pequeña habitación abuhardillada donde la pequeña Holly se había quedado dormida, apaciguada por el movimiento del péndulo y el suave tic tac. Holly la adulta contempló el reloj con los ojos de John y vio que era valioso, pero no lo vendería, lo conservaría. Quizás un día, si no esperaban hasta que fuera demasiado tarde, habría un pequeño John que se quedaría dormido escuchando el tic tac del reloj.

Holly tomó su bolsa de fin de semana y subió la escalera. Su habitación estaba intacta. Mierda, mierda, mierda. ¿Cuándo había pasado por última vez más de una tarde en esta casita? John no quería «perder el tiempo en las regiones agrestes de Escocia», de modo que durante casi cinco años Holly apenas se había molestado en ir a visitar a la persona que significaba para ella más que ninguna otra en el mundo. Holly se tumbó en la cama debajo de la ventana y lloró tan desconsoladamente como había llorado la niña Holly pero con el corazón roto de una mujer. De haber sabido que Tony se estaba muriendo habría venido: John habría venido. No era un hombre egoísta. Pero Tony nunca se quejaba, nunca hablaba de su salud.

—Ah, los jóvenes y el amor. Ya sé de qué va, querida niña. No te preocupes por mí. Ven cuando puedas. Ésta es tu casa, ya lo sabes.

Holly se había propuesto ir a verla pero no lo había hecho. Tony, que no sabía nada sobre estar locamente enamorada de la persona más insatisfactoria cabe imaginar, que no sabía nada sobre el amor, había absuelto a su sobrina de toda culpa.

Holly se quedó dormida y cuando se despertó en la habitación a oscuras, durante unos momentos no recordó dónde estaba. Se colocó boca arriba y contempló la noche a través de la ventana, como había hecho tantas veces durante su infancia. Oyó su voz surgiendo del pasado.

—No corras las cortinas, tía Tony. Quiero ver cómo se mueven las estrellas.

Esa noche no había estrellas pero el tiempo parecía deslizarse apresuradamente ante la ventana. Le había dicho a John que sólo estaría fuera una noche y ahora, pueril y estúpidamente, se había quedado dormida unas horas. Decidió prepararse algo para comer y continuar con el inventario. John la echaba de menos cuando se ausentaba, según le había dicho. Holly se negó a preguntarse cómo era posible que John la echara de menos cuando a menudo estaba demasiado ocupado para verla aunque ella estuviera allí.

Trabaja duro para que podamos casarnos dentro de poco, se dijo.

Al bajar, Holly encendió las lámparas de aceite porque emitían una luz más acogedora que la luz eléctrica que Tony había instalado en los setenta y luego se metió en la cocina y peleó con la placa hasta averiguar qué botón correspondía a qué fogón. Preparó café instantáneo y comió pan con queso y fruta sentada a la mesa que daba a la playa. La luna se reflejaba sobre la suave superficie del mar. A veces sus rayos se filtraban por la ventana y su suave y pálido resplandor bañaba las piedras y las conchas que adornaban la repisa de la ventana. Las piedras. Las conchas. Cada vacación Tony y ella las recogían en la playa y seleccionaban una para colocarla en la repisa de la ventana. Holly 1966... Holly 1970.

Las fechas eran correlativas. Ninguno de esos objetos era desechado cuando Holly era conducida de nuevo a Glasgow y depositada a bordo del tren o el avión que la transportaría de regreso al internado o junto a sus atribulados padres.

Holly colocó los cacharros en el fregadero (lavaría todos los ca-

charros juntos) y subió arriba. Seleccionaría algunas cosas del dormitorio. Si se quedaba con la butaca y la lámpara Tiffany, el reloj, unos libros, un par de objetos decorativos, y cosas que murmuraban «Tony», quizá su apartamento le recordaría Achahoish y Torry Bay.

El dormitorio principal presentaba el mismo aspecto. Contenía la cama grande y confortable cubierta con un montón de cojines, la butaca, el armario ropero de Tony y su tocador. Holly contempló el tocador, siempre tan ordenado, aunque Tony era increíblemente desordenada. ¿Qué diferenciaba a este tocador de otros? En todos los otros tocadores que Holly había visto había por lo menos una fotografía enmarcada, pero Tony no tenía fotografías enmarcadas.

—A la gente que quiero la llevo en el corazón, Holly. No necesito fotografías.

—¿Gente? Aquí no hay gente, Tony. Sólo estoy yo.

Holly volvió a oír su voz infantil y celosa y vio de nuevo la sonrisa de Tony.

—Claro que estás tu, querida niña —había respondido Tony, encendiendo un cigarrillo—. No le digas a la Dama de Hierro que sigo fumando como una vieja chimenea.

La joven Holly se había echado a reír sintiéndose un tanto culpable, porque no estaba bien que tía Tony llamara a su madre la Dama de Hierro. Se llamaba Gilda. Holly había olvidado que Tony no le había asegurado que no llevara a más personas en su corazón. Pero todas habían muerto: papá, que jamás había de alcanzar las metas que se había fijado, mamá y la propia Tony.

Abrió los cajones uno tras otro. No contenían nada que ella quisiera conservar. Tony había sido una mujer menuda y delicada; en comparación con ella, Holly se había sentido a veces grandota y desmañada aunque medía tan sólo un metro y cincuenta y cinco centímetros de estatura. Las únicas prendas que se ponía Tony eran camisas enormes, vaqueros manchados de pintura y alguna que otra falda llamativa y vaporosa. Holly decidió donar toda su ropa a una institución benéfica, quizás en Glasgow, pues ya no conocía a nadie aquí en Achahoish. Los viejos amigos de Tony, a los que Holly había visto de vez en cuando, habían muerto todos, salvo el médico que al jubilarse se había ido a vivir a España y había dicho que se sentía demasiado viejo y triste para asistir al funeral. Holly pensó que quizás un día le escribiría o iría a verlo, pero ¿qué le diría? «¿Se acuerda de mí? Yo iba

a visitar a mi tía. En cierta ocasión me quitó un anzuelo que se me había clavado en la oreja.»

No, al doctor le tendría sin cuidado. ¿Por qué iba a importarle?

Holly se quedó un tanto sorprendida al hallar una preciosa estola de noche y restregó la mejilla contra el suave tejido. Oía ligeramente a perfume caro, el perfume de Tony para «ocasiones especiales». Quizá se quedaría con esta prenda, pensó Holly, aunque nunca había visto a Tony lucirla. En uno de los cajones, debajo de un montón de cuadernos de dibujo, vio una voluminosa caja atada con un cordel y encima de ella un sobre en el que estaba escrita la palabra «Holly» en la elegante letra de Tony. Holly lo cogió y, al abrirlo, cayó de él una llave grande y anticuada.

*Querida niña:*

*Todo lo que contienen las cajas es para ti. Disfrútalo. La llave es la del desván, que es donde guardo los trabajos que no quise vender mientras vivía. Pero, como especifico en mi testamento, ahora puedes hacer con ellos lo que quieras. Confío en que conserves un par como recuerdo.*

*Tuya, con todo mi cariño,*

*Tony.*

Sus trabajos. Tony había sido pintora: una pintora, por lo demás, que vendía lo que pintaba. El padre de Holly nunca se había resignado a tener una hermana pintora, tan bohemia. Pero Holly sabía que su tía se había formado en una escuela de bellas artes londinense conocida en todo el mundo y que había habido varias exposiciones de sus cuadros hasta la década de los setenta, cuando había dejado de exponer su obra. Las únicas ocasiones en que había salido de Torrey Bay era con motivo de sus exposiciones. Metía sus hermosos paisajes, algún que otro retrato de un ilustre lugareño en el maletero de su cómico y viejo cacharro, se iba a Londres, Glasgow o Edimburgo, entregaba sus obras y regresaba en cuanto podía.

Esa estola debió de ponérsela para asistir a las inauguraciones. Su única prenda *glamourosa*. Me parece oírles: «Ahí viene la vieja Tony Noble luciendo su anticuada estola, pobre mujer».

Pero esta nota, la nota que Holly estrechaba contra su mejilla como si fuera la propia Tony, decía que había otras obras.

Holly dejó la voluminosa caja a un lado para examinarla más tarde y salió al rellano. En el piso superior había cuatro puertas: la de la habitación de Tony, la de la habitación de Holly, la del desván y la del baño.

Parecía como si hiciera mucho tiempo que nadie hubiera abierto la puerta, pues costaba girar la llave en la cerradura, pero la puerta cedió por fin y los recuerdos asaltaron a Holly. La atmósfera de la habitación en penumbra era irrespirable; olía a moho pero sobre todo a pintura. Eran unos recuerdos de Holly peinada con coletas, en traje de baño, aplicando unas manchas de pintura sobre una tela mientras Tony, junto a ella, pintaba unos maravillosos remolinos azules, rosas y grises que se transformaban en colinas, el mar y el pueblo situado al otro lado de la bahía. En esos momentos sólo quedaba un caballete. Hacía tiempo que Tony había llegado a la conclusión de que el talento de Holly, suponiendo que existiera, no residía en los botes de pintura.

—Pero tienes talento, querida niña, y lo descubriremos. No hagas caso de lo que digan tus maestros. ¿Qué saben ellos?

Los maestros lo sabían aunque Tony no lo supiera. Holly Noble carecía de talento. El genio de la familia era Antonia Noble.

Holly sonrió de nuevo al ver a su tía con sus vaqueros y su gigantesca camisa, el cigarrillo (a menudo apagado) entre los labios, pintando, pintando, pintando. Miró las paredes desnudas y el inmenso ventanal que Tony había instalado en el tejado. Durante el día o en las noches estrelladas la luz eléctrica apenas era necesaria, y Holly vio, iluminadas por el resplandor de la luna, unas voluminosas siluetas envueltas en sábanas que constituían las telas a las que Tony hacía referencia en la carta. Estaban diseminadas por toda la habitación. Holly se acercó a las que se hallaban situadas debajo de la ventana y se arrodilló unos instantes junto a ellas.

«Los trabajos que no quise vender mientras vivía.»

Deben ser retratos míos. Pero Tony no pudo haber pintado... Holly miró a su alrededor alarmada; había telas por doquier... Tony no pudo haber pintado treinta o cuarenta retratos míos. En todo caso, debió de dárselos a mamá. Holly retiró la sábana que cubría el montón de telas junto al que estaba arrodillada. Los cuadros seguían

mofándose de ella. Estaban vueltos de espaldas, hurtando modestamente el rostro a la mirada curiosa del público. Holly se levantó y volvió el primero hacia ella. Durante unos segundos se sintió aliviada. Era uno de sus maravillosos paisajes marinos, eso es todo. ¿Qué había imaginado?

Esto no, no esta impresionante visión de un mar como el que ella, Holly, jamás había contemplado y, en el centro, un chico, un joven, un sátiro, era difícil afirmarlo. Estaba sentado a lomos de una ballena, observándola con ojos verdes y centelleantes. El rostro del chico le resultaba vagamente familiar. No, era imposible... Holly encendió la luz y la áspera modernidad de la electricidad eclipsó el resplandor de la luna y Holly pestañeó.

Maldita sea esta luz. Maldita sea esta habitación. Era tan pequeña... Holly deseaba contemplar con todo detalle este imponente cuadro. Bajó la escalera transportando el cuadro torpemente, entró en el cuarto de estar y lo apoyó contra el aparador. Encendió todas las lámparas de la habitación y luego contempló de nuevo la pintura. Sí, era un paisaje marino, una historia mitológica; una vieja leyenda, relatada a lo largo de los tiempos: «El niño montado en un delfín». El chico tenía la cara tostada, de una belleza casi asombrosa, y la miraba risueño. En el dorso del cuadro Tony había escrito con su vistosa caligrafía el título de la obra: *El duende del mar*, Londres, 1937.

Holly se acuclilló y contempló el cuadro. Qué hermoso era, qué sonrisa tan pícaro mostraba ese chico. No podía ser él, desde luego; aunque Holly no había visto muchos retratos de él, ni fotografías. Pero era imposible. *El duende del mar*, 1937. ¿Dónde estaba Tony en 1937? «No», dijo Holly en voz alta para que no cupiera ninguna duda. Pero era él.

Holly alargó tentativamente la mano, que le temblaba, pero no tocó el cuadro.

*Tienes los dedos manchados de pintura, querida niña.*

Holly se incorporó con dificultad, como una vieja, y subió de nuevo al desván. Los cuadros seguían ahí; no habían sido un sueño ni una pesadilla. Destapó el segundo, el tercero, y contuvo una exclamación de asombro. La mayoría eran unas telas de grandes proporciones, y efectivamente, la niña Holly aparecía en varios de ellos. Pero no era la protagonista. En todos los cuadros que destapó aparecía un joven. Presentaba un talante ora pensativo, alegre, desolado, travieso:

era Blaise Fougère, sin duda el más grande tenor que había dado Francia y posiblemente el más grande cantante francés de todos los tiempos.

Holly emitió un gemido de dolor, apagó las luces y, cerrando con llave la puerta tras ella, bajó apresuradamente la escalera. El cuadro titulado *El duende del mar* seguía ahí, y los hermosos ojos del chico, de expresión burlona, que se burlaban de ella, sí, la observaban fijamente.

*...lo más cerca posible del lugar donde deseo ir.*

Holly casi se había olvidado de esa frase. Miró el aparador sobre el que había depositado la urna que había traído consigo de Glasgow. «No —se dijo—, no. Ella me quería a mí y a Torry Bay. Aquí es donde deseaba ser enterrada.»

—Mañana, Tony, llevaré tus cenizas al pequeño promontorio y las arrojaré al viento. Eso es lo que deseabas.

Tony, la vital y maravillosa Tony reducida a un puñado de cenizas.

*El duende del mar, 1937.*

Justo antes de que estallara la guerra. ¿Les inquietaba la perspectiva de la guerra? ¿Le inquietaba a él, a este duendecillo? El mar era tan real que Holly casi percibía el olor a salitre. Si tocaba el cuadro la espuma le mojaría la mano. Miró los ojos verdes del chico. No se burlaban de ella. Sonreían a la artista. ¿Qué decían?

—Te conozco. Te amo.

Durante unos momentos Holly se sintió como una *voyeur*, como si contemplara algo íntimo y sagrado que no tenía derecho, ningún derecho, a contemplar.

—Sólo estoy yo, Tony.

El cuadro le decía que ese capítulo de su vida había concluido. Quizá Tony lo representara todo para ella, pero ella no lo representaba todo para Tony. Antonia Noble, la amable solterona que había vivido sola en esta casita, contentándose con esperar las visitas de su sobrina, había tenido una vida muy diferente. Qué hábilmente había guardado ese secreto. Holly había vivido a temporadas con ella a lo largo de toda su vida porque sus padres, misioneros, vivían en el extranjero. Allí no había habido ninguna otra persona, jamás, y menos aún este hombre.

Holly contempló la figura sentada a horcajadas y ésta la miró a ella.  
*Hollyberry.*

¿Quién había hablado?

«Era mi tía», se dijo Holly con firmeza: yo lo habría sabido. Me lo habría dicho. Holly consultó su reloj. Esto era una locura. Era más de medianoche pero tenía que verlos, tenía que averiguarlo. Regresó al desván y destapó uno tras otros tantos cuadros como pudo alcanzar fácilmente, los cuales no le parecían obra de una mente trastornada. No eran los retratos pintados por una vieja solitaria, frustrada y hambrienta de sexo del hombre por el que sentía un amor secreto y enfermizo.

Tenían un nombre y una fecha: *Blaise, Kensington Gardens, 1938; Blaise, París, 1954; Blaise, Torry Bay, 1969; Blaise, 1990*. Blaise, Blaise, Blaise.

Holly no sabía nada sobre cantantes de ópera, pero Blaise había sido tan famoso —un personaje conocidísimo— y todo el mundo sabía que había muerto poco antes de 1990.

Holly miró los cuadros en los que aparecía ella. En uno de ellos Blaise estaba sosteniéndole la mano mientras ella bailaba junto a él sobre el mar, relajada, feliz: lo había conocido, lo había visto, pero no se acordaba de él.

Conteniendo una exclamación de pesar, Holly arrojó las sábanas sobre las brillantes imágenes. Tenía que escapar de ellas. Cerró la puerta con llave y durante unos instantes se apoyó contra ella, sintiendo que su corazón latía violentamente. Tony y Blaise Fougère.

—Las personas que amo las llevo en el corazón.

Tony Noble y Blaise Fougère se conocían desde hacía más de cincuenta años; los cuadros mostraban una intimidad, un conocimiento. Eran retratos de un hombre pintados por una mujer que le amaba y, por la luz que mostraban sus ojos en los cuadros, él la amaba a ella. Una vida secreta. ¿Cómo era posible que Tony Noble hubiera conocido a Blaise Fougère tan íntimamente durante más de cincuenta años sin que nadie lo supiera? No, era imposible. Fougère era un personaje conocido en el mundo entero. Al igual que lo había sido Tony durante un tiempo. Los periodistas lo habrían averiguado, lo habrían publicado, habrían expuesto su historia de amor en la prensa sensacionalista.

Pero los cuadros no mentían. Eran demasiado... íntimos para tratarse de una fantasía. Holly regresó al cuarto de estar. Se instaló cómodamente en la amplia poltrona —Tony había pintado a Blaise

descansando en ella— y contempló las colinas que se erguían al otro lado del mar. La luna extendía un tapiz plateado desde el cielo hasta el mar y a través de la superficie del mar hasta la playa.

El sendero de las hadas.

A Tony le entusiasmaba esta vista y disfrutaba mofándose de su hermano, el padre de Holly, el arzobispo, el reverendo Frederick Noble.

—Alzo la vista hacia las colinas —decía como mínimo una vez en cada una de las raras ocasiones en que su hermano la visitaba—. De donde vendrá la ayuda que preciso.

—No, Antonia. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que se trata de una pregunta? ¿De dónde vendrá la ayuda que preciso? Las colinas están repletas de bandidos.

—Esas no —replicaba Tony.

En esos momentos, al pensar en esas dos personas, una a la que había querido entrañablemente y otra a la que había tratado de respetar y querer, Holly suspiró. Ambos habían muerto, su padre percatándose demasiado tarde de que nunca había llegado a conocer a su hija, y Tony a la que Holly había creído conocer bien y que en realidad no conocía en absoluto.

¿Blaise Fougère? Yo sabía que a Tony le gustaba la ópera. Ella me la dio a conocer. Ponía discos de ópera... ¿interpretados por Fougère? Asistía a la ópera en Londres o en Glasgow cuando exponía sus obras, pero esto...? Yo le conocí de pequeña y al parecer me caía bien. Pero ¿cómo es posible? No lo recuerdo. Sí. Tony no mentiría.

Su vida era una mentira.

¿Fue Blaise el motivo de que, cuando me hice mayor, mis visitas tenían que ser a veces organizadas con unos días de antelación? Blaise no habría querido que yo le encontrara aquí si Tony y él mantenían su relación en secreto, pero ¿por qué? ¿Por qué no se habían casado? Blaise era francés. ¿Era católico? A Tony las etiquetas nunca le habían importado. A Blaise quizá sí. ¿Estaba casado con otra mujer? Pero ¿por que no se divorció? Supongo que por el problema que planteaba a los católicos. Este cuadro está fechado en 1937. ¿Sería que en esa época a la gente le preocupaba más el tema del divorcio?

Holly se levantó para prepararse otra taza de café. A duras penas podía asimilar lo que había averiguado. Jamás había pensado que un hombre mantuviera una relación con su tía. Incluso cuando sus pa-

dres habían comentado que deseaban que Antonia conociera a un buen hombre y dejara de llevar una vida tan poco convencional, Holly había pensado satisfecha que Tony la quería a ella, a Holly, y que por tanto no necesitaba a nadie más. Y ahora resultaba que Tony había estado siempre enamorada de Blaise Fougère.

No, era imposible. ¿Una relación sentimental? ¿Tony? ¿La excéntrica tía Tony había mantenido una relación con un hombre conocido en el mundo entero? ¿Era eso posible? No, jamás habrían podido mantenerlo en secreto. Pero ¿y esos cuadros? Incluso vistos a la luz de la luna mostraban a un hombre que amaba a la artista que le estaba pintando. Holly sabía lo suficiente sobre el arte para comprender eso. Tomó la taza de café y subió de nuevo la escalera. Quizá las cajas le proporcionarían alguna pista.

Holly las abrió sobre la cama y se alegró de estar sentada, pues se llevó tal sobresalto que de haber estado de pie sus rodillas no la habrían sostenido. Los escaparates de Tiffany no eran nada comparado con esto. Las cajas estaban llenas de joyas, unas joyas costosas y hechas por encargo: diamantes, esmeraldas, zafiros y pulseras de oro. Había una nota.

*En muchos aspectos Blaise era un hombre muy ingenuo. Holly. Le parecía imposible que a algunas mujeres no les gustaran las joyas. Era increíblemente generoso con todo el mundo; hacía muchas obras de beneficencia, por supuesto, y le encantaba hacer regalos, de modo que cuando ganaba mucho dinero lo gastaba en regalos. Yo renuncié a discutir con él y me ponía las joyas cuando venía. Mis piedras favoritas son los rubíes: ¡con vaqueros quedan genial! Nada de perlas. Las perlas significan lágrimas. Blaise no quería regalarme lágrimas.*

Holly tomó el collar y la pulsera de rubíes. Las piedras preciosas formaban los centros de unas diminutas flores de oro y eran extraordinariamente delicadas.

—Pero con vaqueros no, Tony —dijo mientras las estrechaba unos instantes contra su corazón e involuntariamente contra la única joya buena que llevaba: las perlas que le había regalado John en el quinto aniversario de su noviazgo.

Holly decidió quedarse con los rubíes, al margen de lo que dijera John.

¿Qué demonios iba a hacer? Se había enfrentado a la perspectiva de perder la casita con resignación. La vida proseguía y tenía que dejar atrás a personas y lugares. Pero ahora había descubierto esos cuadros que sin duda poseían un valor, las joyas e incluso los muebles que su mirada infantil no habían reconocido como nada especial.

Supongo que me he convertido en una mujer rica. John se alegrará.

Pero la idea de que John se alegrara no influyó en ella. Casi deseó que los procuradores no le hubieran entregado la carta junto con el testamento. No quería las joyas de Blaise Fougère y no quería sus retratos.

*Haz lo que quieras con ellos.*

—Pero ¿qué quieres que haga con ellos, Tony? Dices que confías en que me quede con algunos. Lo haré, pero en mi casa no tengo sitio para guardarlos todos y... son importantes, ¿no es así? Tú eras una pintora más que respetada y él... era quien era. John adoptará una actitud práctica y dirá algo así como: «Esto cambia radicalmente nuestros planes: ya no tenemos que esperar». Pero yo quería casarme con él ayer, cuando no teníamos nada. Ahora, según mi criterio, soy rica. ¿Qué diría el director de la escuela si presentara mi dimisión?

Pero no podía hacer eso. Quería mucho a los niños. Se había encariñado con los hijos de los demás. Pero ahora... No, no podía pensar en tantas cosas a la vez. Resolvería los problemas de uno en uno. Pondría la casita en venta y luego se ocuparía de John. Holly tomó de nuevo los espléndidos rubíes, esa gotitas de sangre que relucían y parecían guiñarle el ojo.

—¿Me quedo contigo? ¿Quieres que te luzca o me hablarás de otra faceta de mi querida Tony y las mentiras que todos hemos vivido?

Era ya tan tarde que lo más sensato era irse a dormir. Los cuadros, algunos, habían esperado muchos años. Podían esperar una noche más.

Holly se despertó a la mañana siguiente muy temprano y experimentó una inmensa sensación de dicha. Extendió la mano hacia John, pero tocó el borde de la cama y durante unos momentos se llevó una decepción. Luego se acordó: estaba en Torry Bay.

Se incorporó pero estaba demasiado oscuro para ver a través de la ventana, de modo que volvió a acostarse y se acurrucó en un ovillo, feliz y contenta.

—Perfecto, perfecto.

No, no era perfecto, porque había venido aquí debido a que Tony había muerto. Tony, su maravillosa tía, que había transformado su triste infancia en una existencia llena de alegría, había desaparecido para siempre. Esta casa estaba llena de su presencia. Holly sabía que si la llamaba por su nombre, «Tony», una voz respondería «estoy en el estudio, querida niña». Estaría allí pintando, pintando, con un cigarrillo entre los labios. Apagado. Por supuesto que estaría apagado. Se había enamorado nada menos que de un cantante, un tenor, la planta más delicada que existía en el jardín operístico.

—Y yo sin enterarme. Debía de ser una mocosa repelente y egocéntrica.

Puede que todos los niños sean unos egocéntricos. Holly conocía a muchos niños; había tenido a centenares de niños a su cuidado. ¿Eran unos egocéntricos? Holly se desperezó y se tumbó boca arriba. Permaneció inmóvil, contemplando el techo, y cuando amaneció la luz empezó a extenderse a través de la habitación; su habitación maravillosa y perfecta, en la que siempre se había sentido tan feliz. Pero nada es perfecto. En una esquina había una mancha de humedad. Tendría que hacer que repararan el tejado antes de poner la casita en venta.

Entonces recordó que no tenía que vender la casita si no lo deseaba. Podía conservarla. John y ella podían trasladarse aquí. Holly se oyó vendiéndole la idea.

Es el lugar ideal para escapar de todo, John.

John quería dedicarse a la política local y luego a la política nacional. Holly imaginó un idílico cuadro formado por el señor y la señora Robertson con su hija, no, su hijo, su hijo y su hija. Gimió y hundió la cara en la almohada; todo su cuerpo deseaba a John... ¿O deseaba el bebé que John podía darle? Este lugar le hacía pensar demasiado, sentir demasiado.

Por favor, John, quedan muy pocos años para poder tener un bebé.

Hacía más de dos años que Holly no había hablado de una fecha de boda y de la perspectiva de tener hijos porque John se había mostrado dolido y enojado cuando ella había sugerido tímidamente

legalizar su relación. Holly se había disculpado, por supuesto. Había convenido con él que no necesitaba hijos para sentirse realizada, para demostrar que era una mujer plenamente operativa. No, no quería considerarlo simplemente un emisor y un donante de esperma. Le amaba, le adoraba. Se había formado este cuadro de una familia feliz, compuesta por un padre, una madre y un hijo que se querían y se ocupaban unos de otros, que funcionaban juntos y por separado, y sí, estaba dispuesta a esperar hasta que se presentara el momento idóneo.

Eso había marcado el comienzo de las dudas que la atormentaban a lo largo de sus noches solitarias. ¿Cuánto había tardado en percatarse de que durante años no había hecho otra cosa que trabajar y atender las necesidades de John? Pero a todo el mundo le gustaba que sus políticos estuvieran casados y tuvieran hijos. Todo saldría bien, gracias a Tony y su inesperada generosidad.

Será perfecto. Holly sonrió. Y enseñaré a los niños a nadar y a navegar aquí en Achahoish.

El futuro se presentaba de un color rosáceo como el cielo. Holly casi saltó de la cama y aterrizó sobre el frío suelo. Una moqueta. Inició su lista. El siguiente problema —no, no era un problema— era llamar a John y ponerle al día.

La voz de John sonaba tan clara que parecía como si estuviera en la habitación de al lado.

—¿Cómo van las cosas, Holly? ¿Has hablado ya con un agente inmobiliario? Supuse que estarías de regreso.

Holly se cubrió con una manta. El mes de septiembre en Escocia era muy bonito pero frío. Se echó a reír. Las joyas seguramente no valían tanto, pero nunca se sabe.

—¿De qué te ríes?

—De nada, cariño, y no, aún no he hablado con nadie. Me quedé dormida. —Holly se preparó para el estallido de ira, pero no se produjo.

—Consigue que un agente inmobiliario vaya hoy mismo a ver la casa y ponla en venta. —John dejó de hablar y Holly lo imaginó tratando de dominarse, de mostrarse amable con ella—. ¿Has visto algo que desees conservar? Espero que tu tía no tuviera un piano de cola con el que estés empeñada en quedarte.

John sabía que no había ningún piano.

—Quiero quedarme con una butaca.

Se produjo un silencio mientras John repasaba rápida y mentalmente sus recuerdos de los muebles de la casita.

—¿Una butaca? Debes de estar bromeando, pero vuelve a casa. Mi cama está muy vacía. Podrías estar aquí conmigo, despertarnos juntos.

Holly tampoco quería pensar en camas.

—Quizá no traiga la butaca, John... —dijo Holly. Tenía que decirle que quería, que se proponía conservar la casita.

—Estupendo —le interrumpió John—. Los muebles eran fantásticos, pero no encajan en el piso de nuestros sueños.

—Tienes razón, de modo que la dejaré y la disfrutaremos aquí.

—¡No me jorobes! —estalló John—. Te he dicho mil veces que tenemos que ahorrar. Un día tendremos una casita en la playa, en la playa que elijamos nosotros.

Entonces fue Holly quien interrumpió.

—Puedo permitirme conservar la casita, John. Tony dejó unos cuadros en su estudio. ¿Recuerdas el paisaje que vendí cuando murieron mis padres? —Holly no había querido mencionar eso, se le había escapado sin querer—. Me refiero al que utilicé para ayudarte a pagar la hipoteca; diez mil libras. De eso hace cinco años. Hay unos cuarenta cuadros.

—¿Diez multiplicado por cuarenta? —preguntó John excitado—. Cuatrocientas libras. ¡Jobar! —Se quedó callado, quizás estupefacto, mientras trataba de asimilar la noticia—. Es imposible que valgan eso, Holly. No seas ingenua, mujer. Serán los cuadros que tu tía no consiguió vender.

—No te oigo. Me estoy quedando sin batería —dijo Holly, y colgó.

Nunca le había colgado el teléfono a John. En realidad, ni a él ni a nadie. Es el aire.

Holly se echó a reír y bajó apresuradamente la escalera. Después de beberse dos tazas de café sintió remordimientos pero se consoló pensando que podía volver a llamar a John cuando éste regresara del despacho. No había sido una buena idea llamarle temprano. Por las mañanas de los días laborables no estaba en su mejor momento. Las mañanas de los sábados y los domingos era distinto. Entonces estaba en plena forma. Holly sonrió al recordar ciertos episodios, lavó la taza —qué decadente— y subió para ducharse y vestirse. La ducha no funcionaba.

Otra vez la lista. Moqueta. Ducha.

Tenía que regresar a la escuela. A los hijos de otras personas. No tiene nada de malo que desee tener hijos antes de que mi reloj biológico me lo impida y no, no tengo que tener un hijo para sentirme realizada como mujer.

Y punto.

Tenía que averiguar el valor de los cuadros. Entró en la habitación de Tony abrió de nuevo el cajón, el que contenía las cajas con las joyas y los cuadernos de dibujo. Tony había escrito unas notas en algunos de sus dibujos. A Holly no le hizo gracia lo que había escrito en un dibujo de John y ella.

«¿Cuándo aprenderá Holly?»

No le gustó y se puso furiosa. ¿Cómo se había atrevido Tony, que no sabía una palabra de...?

Pero claro que lo sabía.

Holly echó una ojeada a los cuadernos de dibujo y rió y lloró al ver a sus padres, a ella misma, a Blaise, Blaise, Blaise. El canónigo que había sido amigo de Tony y a quién ella había pintado, el médico, la anciana que regentaba la tienda del pueblo, sus cisnes, esas espantosas aves, unos cisnes preciosos pero...

*Fiel hasta la muerte.*

¿Acaso oía voces? ¿Quién había dicho eso? Seguramente era algo que ella había leído en alguna parte. Holly dejó los cuadernos en su lugar y cerró el cajón. Al bajar examinó de nuevo los cajones de Tony. Tenía que hallar el número de una galería de arte con la que trataba Tony. Llamaría para que viniera un experto a valorar los cuadros. Luego las joyas; las haría tasar antes de venderlas.

Otto von Emler. Era el nombre que figuraba en la agenda de Tony. A Holly le sonaba familiar; quizás había oído a Tony hablar sobre su agente. Él era la persona más indicada para saber el valor de los cuadros de Antonia Noble. De pronto sintió pánico. Era demasiado pronto. No podía ponerse a venderlos antes de haber asimilado el hecho de que existían. Tenía que averiguar más datos sobre Fougère. Tenía que hablar con John, cara a cara, y pedirle consejo. A fin de cuentas, era su abogado, aunque el abogado que tenía Tony en Edimburgo era un hombre muy amable.

Holly decidió dejar los cuadros ahí mientras trataba de asimilar su existencia. En cuanto a las joyas, pediría al abogado que las guar-

dara en un lugar seguro hasta que las pusiera a la venta. Los rubíes. Se quedaría con los rubíes.

—Con vaqueros quedan perfectos.

Anda ya, Tony. Holly se echó a reír, subió corriendo la escalera y sacó la caja que contenía las joyas. Los rubíes parecían guiñarle el ojo en su afán de seducirla. Holly se los puso con manos temblorosas.

¿Dónde se habían conocido Tony Noble y un tenor francés de fama mundial?

¿Dónde?